

## CAPÍTULO I

# EL IGNORADO PODER DE LAS IDEAS

*Dos ejemplos concretos: la idea del «buen salvaje»  
en la relación Europa-América Latina y la influencia  
de Francis Bacon en la Revolución Industrial*

Decidí comenzar el libro con dos ejemplos concretos de cómo las ideas, la filosofía y los intelectuales influyen en la realidad y en el curso de la historia para abrir de golpe los ojos a aquellos que creen que el mundo intelectual es inútil y no merece mayor preocupación. Partamos con la primera idea.

A cualquiera que conozca algo de la imagen que los europeos tienen de nuestro continente no puede dejar de resultarle curiosa esa fascinación que históricamente han experimentado con nuestros proyectos revolucionarios. Su amor por guerrilleros sanguinarios como el Che Guevara, su idolatría nauseabunda por tiranos como Fidel Castro y su abierta simpatía por gobernantes con vocación autoritaria como Evo Morales y Hugo Chávez dan cuenta de este fenómeno. No es un misterio que en Europa todo proyecto revolucionario y dictatorial latinoamericano que no sea calificado de «fascista» genera una especie de hipnotismo acrítico, concitando simpatías de forma bastante transversal. Detrás de todo esto se

esconde una idea que ha sido catastrófica para nuestro continente y que ha sido potenciada por diversos intelectuales en la historia, extendiéndose con singular virulencia por el mundo desarrollado europeo. Se trata de la idea del «buen salvaje», la que se remonta a tiempos del descubrimiento de América. Como recuerda Carlos Rangel en una obra que debiera ser lectura obligada de todo latinoamericano más o menos letrado, en la época del descubrimiento cierta teología afirmaba que Dios no había destruido el paraíso sobre la Tierra y que este se encontraba en alguna isla o lugar perdido en el Mundo.<sup>8</sup> En esta isla no habría enfermedades ni vejez, ni males de ningún tipo. Sería un Nuevo Mundo no corrompido por la civilización y poblado de seres que no conocían el mal, es decir, de «buenos salvajes». El «buen salvaje» sería un hombre en estado puro de inocencia viviendo en total armonía con la naturaleza y los demás en comunidades en que, como decía un entusiasta Montaigne, no había ricos ni pobres ni superioridad política alguna y no se conocían palabras como traición, mentira, avaricia o envidia. Era el ser humano antes de la caída, un ser no pervertido por la civilización europea que Rousseau denunciaba como el *súmmum* de la decadencia. Un ser sin aquellas pasiones que justifican la existencia de leyes y sin nociones de propiedad privada responsable, según el mismo Rousseau, de dar inicio a la execrable civilización con todas sus guerras, desigualdades y atrocidades.<sup>9</sup>

---

<sup>8</sup> Véase Carlos Rangel, *Del buen salvaje al buen revolucionario*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1982.

<sup>9</sup> Sobre este tema resulta de gran interés el discurso de Rousseau titulado *Sobre el origen y fundamento de las desigualdades entre los hombres*, en el cual se encuentran una serie de elementos recogidos posteriormente

Esta idea del «buen salvaje» es, según Rangel, la responsable del complejo de culpa que hasta hoy tienen los europeos respecto del rol que jugaron en los países del Tercer Mundo y particularmente en América Latina. Ellos habrían venido a «contaminar» con su despreciable civilización a los buenos salvajes, a pervertirlos y a destruir su inocencia importando las despreciables leyes e instituciones corruptas y antinaturales como la propiedad privada, antes inexistente en América y ahora fuente de todas las desigualdades y males sociales. La propiedad privada impediría el derecho natural al goce igualitario de todos los bienes y frutos de la Tierra, cual era la situación antes de la caída y antes de la conquista europea de América.

Como era de esperar, toda esta mitología alimentó a caudillos latinoamericanos, en todas las épocas, que abogaban por una «igual repartición de la riqueza» como forma de resolver los problemas entre los hombres. En ese intento por derrocar el orden corrupto impuesto desde afuera, el «buen salvaje» se convierte en el «buen revolucionario», un ser que lucha por librarse del virus decadente traído por los europeos y más tarde por los norteamericanos. El «buen revolucionario» sería el descendiente indígena de los habitantes primitivos que poblaban estas felices tierras antes de que los europeos comenzaran su saqueo y sembraran la corrupción, y que cual Robin Hood lucha por reestablecer el orden natural y puro.

Aunque usted no lo crea, todas estas patrañas, cultivadas por pensadores de la talla de Rousseau, forman

---

por las corrientes socialistas y marxistas entre los que destaca una visceral condena a la propiedad privada.

parte de la visión europea sobre América Latina hasta el día de hoy. Y las consecuencias de estas falsas ideas, promovidas por hordas de intelectuales europeos y latinoamericanos, no son menores. Desde escándalos a raíz de la película de Mel Gibson *Apocalypto*, que enfrentó de manera directa y gráfica a los europeos con la obscena crueldad de los aztecas, pasando por la abierta adoración de dictadores y la simpatía por caudillos populistas, hasta un directo aporte de capitales europeos a los brazos más extremos de los movimientos indigenistas latinoamericanos. Sin ir más lejos, en el caso de Chile los grupos extremistas que conforman la Coordinadora Arauco Malleco reciben apoyo directo desde España, Francia, Holanda y otros países que ven a los indígenas como «explotados» y «discriminados» por el sistema «neoliberal» contra el cual luchan heroicamente para evitar su extinción como cultura. En Europa se muestran documentales de ciudad en ciudad sobre el tema mapuche, pidiendo colaboraciones en dinero para la causa que toca la fibra de los acomplejados europeos. En las pantallas y disertaciones se ven indígenas agredidos por la policía, detenidos y sufrientes, víctimas de grandes consorcios forestales que pretenden arrebatarles todas sus tierras.

El tema mapuche en Europa goza de una popularidad de la que un chileno poco informado se sorprendería. Es un tema de moda entre intelectuales y círculos académicos. El llamado del escritor portugués y premio nobel de literatura José Saramago a principios del gobierno de Bachelet, el año 2006, invitándola a «mirar a los mapuches», dice bastante sobre el posicionamiento de este asunto en la agenda intelectual europea. Y esto no es nuevo. Ya en 2002, la ex primera dama francesa Danielle

Mitterrand se había dado el lujo de criticar al entonces presidente Ricardo Lagos por la detención de mapuches que habían bloqueado carreteras para detener la construcción de la central hidroeléctrica del alto Bío-Bío.

Así se exagera desde Europa el violentismo mapuche; el que, por supuesto, como dice en un artículo de la edición chilena de *Le Monde diplomatique* el antropólogo Rosamel Millamán, no es más que una lucha legítima contra el sistema «neoliberal» impuesto en la dictadura militar con el fin de recuperar sus «derechos ancestrales».<sup>10</sup>

Estas son solo algunas muestras del legado de la idea del «buen salvaje» que los europeos han cultivado por siglos y que los ha llevado a aplaudir y apoyar dictaduras, movimientos terroristas y revoluciones, en el pasado y también hoy. Cosas como las descritas más arriba son enseñadas en las universidades y colegios, donde los alumnos, puestos en manos de la intelectualidad progresista que predomina en Europa, aprenden a sentir culpa y a justificar los intentos por recuperar ese paraíso perdido en que vivían los antiguos primitivos latinoamericanos. Algunos incluso vienen a nuestro continente a integrarse a estos grupos de «redentores».

El daño de estas ideas «buensalvajistas» ha sido efectivo y concreto para nuestro continente y continúa causándose año a año estimulado, como dice Jean-François Revel en el prólogo del libro comentado, por el uso que

---

<sup>10</sup> Véase Rosamel Millamán, «La confrontación mapuche contra el sistema neoliberal chileno», en *Le Monde diplomatique*, «Historia y luchas del pueblo mapuche», Editorial Aún Creemos en los Sueños, Santiago, 2008.

los europeos históricamente han hecho de América Latina como «apoyo de fábulas». De esta forma, aun cuando sin duda seamos los latinoamericanos los primeros responsables de la propagación de mitos nefastos, Europa hace su parte ofreciéndonos un estímulo prodigioso en el hecho que los espejismos de nuestra imaginación y las excusas que nos forjamos «son devueltas del extranjero, estampados con un certificado de autenticidad de conciencia universal».<sup>11</sup>

La idea del buen salvaje, que además se avino muy bien con teorías imperialistas como las que ha esparcido el uruguayo Eduardo Galeano,<sup>12</sup> y según las cuales nuestra pobreza se debe a la explotación por parte de países desarrollados y la riqueza de ellos se explica por lo que nos han succionado, ejerce hasta el día de hoy una influencia real. Ella permite explicarnos en parte fenómenos completamente actuales como el del *lobby* Mapuche en Europa, y nos da luces para entender esa irracional fascinación con la que los europeos miran a Latinoamérica. Aunque sea difícil creerlo, la idea del «buen salvaje» en ese contexto se encuentra quizás tan vigente como hace cinco siglos. Siguiendo su desprecio ancestral por el conocimiento auténtico de nuestro continente, muchos europeos se encuentran convencidos de que los terroristas mapuches en el sur de Chile son pobres víctimas de la represión y discriminación de grandes y poderosas corporaciones forestales y del Estado

---

<sup>11</sup> Carlos Rangel, *op. cit.*, p. 13.

<sup>12</sup> Sobre este punto hablé con mayor detención en mi anterior libro *El Chile que viene* donde expliqué los efectos y la raigambre marxista de las teorías imperialistas que campean en América Latina.

chileno, aún capturado por el modelo «neoliberal» de Pinochet. Por eso los financian y defienden en sus ataques terroristas, que ven como una salida desesperada a la cruenta persecución racista de quienes solo buscan ser respetados en su pureza ancestral, libres de las corrupciones de la civilización capitalista. De esta forma, el agricultor en Temuco que pierde su casa producto de un atentado incendiario de grupos financiados desde Europa es mucho más víctima de ideas acuñadas hace cinco siglos de lo que pudiera llegar a imaginar.

Veamos ahora brevemente otra idea que fue clave en el desarrollo de Occidente y que no tiene nada que ver con el mito del «buen salvaje». Pocos conocen la influencia que tuvo el filósofo inglés Francis Bacon en el desarrollo de la revolución industrial. Bacon, creador de la teoría de la inducción, fue el primero en prometer que la liberación de la humanidad se lograba a través del conocimiento. Según él, a través de la ciencia el hombre alcanzaría la felicidad, un futuro esplendoroso logrando superar, entre otros, los males de la pobreza. Esta idea de la autoliberación material a través del conocimiento, como apunta el filósofo austriaco Karl Popper, constituyó el chispazo inicial de la revolución industrial inglesa, que en primera instancia fue una revolución filosófica y religiosa.

La promesa de Bacon, dice Popper, «estimula la empresa y la confianza en sí mismo. Alienta a los hombres a depender de sí mismos en la búsqueda de conocimiento y de esta manera a independizarse de la revelación divina y de antiguas tradiciones».<sup>13</sup> Bacon fue así el portador

---

<sup>13</sup> Karl Popper, «La influencia de las ideas filosóficas en la historia de Europa», en *Revista Estudios Públicos*, n.º 2, Santiago, 1981, p. 193.

del mensaje de la Ilustración que cortó con la creencia cristiana tradicional según la cual había que esperar la otra vida para disfrutar del porvenir. A partir de Bacon el lema pasó a ser el clásico dicho de que «Dios ayuda al que se ayuda a sí mismo». La promesa de poder y riqueza estaba hecha y la civilización europea la asumió extendiéndose en el mundo entero.

El ejemplo de Bacon nos permite entrar en la que según Popper es la idea de mayor importancia histórica y sin la cual, por cierto, Occidente no sería lo que es hoy y ni usted ni yo estaríamos donde estamos. Se trata de la idea que tan bien expresó Platón en su alegoría de la caverna, según la cual los seres humanos podemos conocer la verdad absoluta, idea que hoy sabemos falsa, pero que definió el curso de la evolución occidental como ninguna otra. Platón la había formulado en *La República*, donde sostuvo que todos conocíamos la verdad antes de nacer pero que al llegar a este mundo simplemente la olvidábamos y solo teníamos imágenes difusas de ella. Se trata, entonces, según Platón, de utilizar la razón para ver más allá de las sombras y reconocer así la verdad. Este optimismo epistemológico resurge en el Renacimiento y con Bacon como uno de sus máximos exponentes. Rechazando el trabajo especulativo como fuente del conocimiento —esto es, la idea según la cual la verdad se puede conocer sin necesidad de observar la naturaleza—, Bacon propone la observación de la naturaleza como la forma de establecer leyes y como única fuente del conocimiento científico. Una vez conocida la verdad por esos medios, esta merecía absoluto respeto. Así, Bacon no solo dio un giro en las formas de conocimiento de la época, sino que además hizo del respeto por las verdades científicamente



reveladas casi un objeto de culto que ningún misticismo podía discutir, con lo cual inició una revolución científica sin precedentes en la historia humana. Para Voltaire, Bacon fue uno de los más grandes hombres de la historia, un filósofo que luchó contra la ignorancia de las universidades y quien inauguró, no solo la filosofía, sino también la física experimental. Según Voltaire, incluso las tesis de Newton habían sido ya sugeridas por Bacon. Para el filósofo francés la relevancia de Bacon en la historia es gigantesca: antes de él casi todos los descubrimientos habían sido obra del azar.<sup>14</sup>

Las dos ideas que he tratado brevemente bastarían para sepultar cualquier argumento que negara la importancia de los intelectuales y las ideas en el desarrollo de la historia humana. En lo que sigue de esta primera parte del libro voy a profundizar en el análisis explicando la forma en que el mundo de las ideas y de la cultura, tan despreciados por los sectores de derecha en Chile, operan sobre las mentes de los hombres —la suya y la mía— determinando sus acciones y opiniones, advirtiendo de paso sobre el hábil uso que la izquierda hace de esta dimensión.

### *La derecha y el peligroso desprecio por la filosofía*

A pesar de haber superado hace tiempo el umbral de bienestar necesario como para dedicar más tiempo y recursos a temas intelectuales y culturales, nuestra élite

---

<sup>14</sup> Véase: Voltaire, «Sobre el canciller Bacon», en: *Cartas filosóficas y otros escritos*, Sarpe, Madrid, 1983, pp. 60-63.